

Espacios que oxigenan. Una aproximación a la experiencia del Taller de Historia de las Mentalidades de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (1990-1999)

Valentín Magi

UNR (Universidad Nacional de Rosario,
Argentina)

Facundo Recanati

UNR (Universidad Nacional de Rosario,
Argentina)

Resumen

El artículo ofrece una aproximación al estudio de la constitución, funcionamiento y declive del Taller de Historia de las Mentalidades que funcionara entre 1990 y 1999 en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Diagnosticando su ausencia en los annales de la historia cultural argentina y rosarina, se recuperan testimonios y reseña la producción escrituraria del taller, para sostener como hipótesis principal que funcionó al estilo de una *microsociedad* o *formación intelectual* por los rasgos subversivos que desconocieron el *habitus* del campo académico, aunque sin desafiar la supervivencia del dogmatismo vigente.

Palabras clave:

mentalidades,
microsociedad,
identificaciones,
historiografía, campo
científico

Abstract

Oxygenating spaces. An approach to the experience of the History of Mentalities Workshop of the Faculty of Humanities and Arts of the National University of Rosario (1990-1999)

The article offers an approach to the study of the formation, functioning and decline of the History of Mentalities Workshop that operated between 1990 and 1999 at the Faculty of Humanities and Arts from the National University of Rosario. Its absence from the annals of the Cultural History of Argentina and Rosario is diagnosed, testimonies are recovered and the textual production of the workshop is reviewed in order to state as the main hypothesis that it worked as a *micro society* or *intellectual formation* due to its subversive features that disowned the *habitus* within the academic field, in spite of not defying the subsistence of the active dogmatism.

Palabras clave:

mentalities, micro society, identifications, historiography, scientific field

Resumo

Espaços oxigenantes. Uma abordagem à experiência da Oficina de História das Mentalidades da Faculdade de Ciências Humanas e Artes da Universidade Nacional de Rosário (1990-1999)

O artigo oferece uma abordagem para o estudo da constituição, funcionamento e declínio da Oficina de História das Mentalidades, que funcionou entre 1990 e 1999 na Faculdade de Ciências Humanas e Artes da Universidade Nacional de Rosário. Diagnosticando sua ausência nos anais da história cultural da Argentina e Rosário, os depoimentos são recuperados e revisa a produção escrita do workshop, para sustentar como a principal hipótese de que ele funcionou no estilo de uma micro sociedade ou formação intelectual devido às suas características subversivas que ignoraram o *habitus* do campo acadêmico embora sem desafiar a sobrevivência do dogmatismo atual.

Palabras-chave:

mentalidades, micro-sociedade, identificações, historiografia, campo científico

Introducción

El propósito del presente artículo es esbozar una aproximación iniciática sobre la constitución, el funcionamiento y el declive del Taller de Historia de las Mentalidades que funcionara entre 1990 y 1999 en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. La definición de este objeto de indagación está directamente conectada con la particular sensibilidad histórica que nos inspira el fenómeno de las mentalidades y con el respeto profesional que tenemos para con quienes fueran sus integrantes y, en particular, sus coordinadores: la Dra. Cristina Godoy y el Dr. Eduardo Hourcade. Ambos historiadores de la casa, cumplieron funciones como docentes de la cátedra de «Teoría de la Historia» de la carrera de Historia, desde el retorno de la democracia hasta el año 2005, en el caso de Godoy, y 2015 en el caso de Hourcade, fechas en las que fallecieron, respectivamente. Los infortunios del tiempo y sus enfermedades quisieron que a Godoy no llegáramos a conocerla y a Hourcade solamente lo interceptáramos escasas ocasiones, pero sin que llegara a darnos clase. Lo que en todo caso nos constituyó en una relación epistémica fue la experiencia de la lectura de muchos de sus trabajos y la nostálgica evocación que de sus figuras hicieran sus colegas y

discípulos en contextos de sociabilidad académica con el estudiantado de los últimos años. La percepción en torno a una *falta* en nuestra formación por sus ausencias en los claustros derivó en la cultivación propia de interrogantes acerca de sus trayectos académicos.

Lo significativo del Taller de Historia de las Mentalidades yace en que ocupó al interior de esos vectores biográficos un fragmento que no se agotó en sus andariveles individuales, sino que incluyó la participación de un número relativamente importante de egresados y profesores de la actual carrera de Historia. La vigencia de la experiencia en la memoria oral de sus protagonistas nos condujo a reflexionar sobre su ausencia en los annales de la historia cultural argentina y rosarina. El hecho de que del taller se desprendieron publicaciones en formato de artículos y libros con investigaciones originales nunca antes exploradas por la historiografía local profundizaron nuestra incomprensión respecto del silencio en el que permanece la experiencia del taller por parte de los historiadores argentinos especializados en el área,¹ razón por la que estas páginas también ofrecerán reseñas para con esa producción innovadora. Fue así una *intriga deseante* por explorar la historia de una experiencia que nos vincule afectivamente con nuestra casa de

¹ Para un *racconto* historiográfico sobre la historia cultural en Argentina puede consultarse Gayol y Madero, 2007.

estudios y con un objeto de nuestro particular interés,² lo que nos estimuló para aventurar un aporte original e inédito a la historia de la historiografía a través de estas páginas.³

Como no pudiera ser entonces de otra manera, el principal humus empírico del que se nutre esta pequeña investigación se construyó en base a entrevistas semiestructuradas con quienes formaron parte del taller, contrastando testimonios y recurriendo a documentación empírica únicamente para datación de las publicaciones que proceden del mismo.⁴ El punto de partida de la constitución primera del taller se produjo con la convocatoria que los coordinadores hicieron al estudiantado de su cátedra en particular y a la comunidad de la Escuela de Historia en general a comienzos del año 1990, y el punto de llegada se ubica en la primavera de 1999 con la publicación del artículo «*La Patria*

a su Bandera». *Discusiones en torno a la erección de un Monumento a la Bandera, en la ciudad de Rosario*» de Leticia Rovira, Diego Roldán e Ignacio Martínez en el n°3 del año III de la revista *Prohistoria*. Resulta preciso aclarar de antemano que lo que comenzó en 1990 se mantuvo funcionando de una misma forma hasta fines del año 1993, mientras que durante 1994 y 1995 el taller estuvo en suspenso para regresar distinto en la segunda mitad del año 1996 y concluir con la publicación del mencionado artículo.

La direccionalidad conceptual del presente trabajo apunta a reflexionar sobre los rasgos sociológicos del taller, que por su originalidad escapan a la pureza de las definiciones teóricas disponibles para el abordaje del campo científico. Nuestra hipótesis principal sostiene que la experiencia puede en todo caso pensarse al estilo de una *formación intelectual*,

2 De la misma forma que los protagonistas de nuestra pesquisa han concebido al pasado, entendemos al decir de Roger Chartier que la historia cultural se abre «para pensar en otros modos de articulación entre las obras o las prácticas y el mundo social, sensibles a la vez a la pluralidad de divergencias que atraviesa una sociedad y a la diversidad de empleo de materiales o códigos comparados» (Chartier, 1992:50).

3 Un primer acercamiento a estos temas y al registro seleccionado fue realizado para nuestro examen final de la asignatura «Corrientes Historiográficas Argentinas y Latinoamericanas» de la carrera de Historia de la UNR; reconocemos al equipo de cátedra la libertad concedida para la elección de este objeto.

4 La totalidad de las entrevistas fueron realizadas entre noviembre y diciembre de 2019, y enero de 2020 en la ciudad de Rosario. Nuestros testimonios fueron los de la Dra. Elsa Caula, la Prof. Marcela Chiarotti, la Dra. Vanesa Dell'Aquila, la Lic. Alejandra García, el Prof. Pablo Montini, la Dra. María Luisa Múgica, la Dra. Mercedes Prol y el Dr. Diego Roldán. Las publicaciones con las que contamos fueron proveídas por los entrevistados. Esperamos, ojalá no inútilmente, que nuestros agradecimientos por su predisposición y gentileza sean equivalentes con la calidad de este trabajo.

en los términos de Raymond Williams, constituida como estrategia de subversión respecto del campo historiográfico argentino en general y rosarino en particular, plegando una nueva forma de sociabilidad característica de las *microsociedades*, cuya configuración desconoce un *habitus* compuesto de jerarquías, estructuras y reglas institucionales, aunque sin arriesgar la supervivencia del «dogmatismo legítimo» vigente (Altamirano, 2006; Bourdieu, 1994, 2002).

El primer Taller de Historia de las Mentalidades (1990-1993)

Al despuntar la década de 1990, el campo historiográfico se encontraba atravesando un proceso de institucionalización y profesionalización que había comenzado en 1983 con la constitución del régimen democrático. Luego de atravesadas las traumáticas y violentas interrupciones que significaran en esa empresa los golpes de Estado de 1966 y de 1976, se profundizaron los típicos rasgos de cualquier campo académico occidental, con particular énfasis en la autonomía y prescindencia respecto de los ritmos de la política. La actividad intelectual tenía como horizonte el claustro universitario, representando la academia posibilidad y límite al mismo tiempo (Cattaruzza, 1996).

De acuerdo con las publicaciones de la época, la historiografía estaba principalmente orientada sobre la historia política, de matriz analítica con bases en

lo económico y social, clara herencia de la renovación de los años sesenta. El campo historiográfico rosarino, haciéndose eco de esa tendencia general, centraba sus estudios en la periodización 1850-1930, colocando el lente en lo que se interpretaba como «proceso de modernización» en la Historia Argentina (Pagano y Buchbinder, 1994).

Paralelamente, en un contexto de profunda crisis económica, la estructura académica se encontraba en una fase estancada con potencial reducción de los recursos, caída de los subsidios extranjeros, precarización salarial y disolución de los centros privados de investigación, problemáticas que finalmente encontraron su punto cúlmine de ebullición iniciado el tercer milenio (Romero, 1996).

En este contexto, comenzaría a funcionar el Taller de Historia de las Mentalidades. Con su primer año de funcionamiento en 1990, su convocatoria fue realizada por sus coordinadores, Godoy y Hourcade, quienes al momento ejercían funciones docentes en la cátedra de «Teoría de la Historia». Ambos tributarios de la corriente de la Escuela de los Annales, durante el cursado de la materia dedicaban un núcleo temático a la historia de las mentalidades. Esa decisión era fruto de su expresa afición por los estudios culturales, que en la Argentina de 1990 se encontraban en un estadio embrionario.

El proceso militar que había comenzado en 1976 había suspendido la

sincronización del campo historiográfico argentino con las tendencias occidentales. Mientras en la escena local se imponía el autoritarismo político y de su mano la interrupción del proceso renovador de la historiografía que venía dándose desde la segunda mitad de los años '50, en Francia se estaba constituyendo la corriente de la *Nouvelle Histoire*. El estallido en «migas» -frase acuñada por François Dosse-, de los objetos pasibles de investigación histórica vislumbraba ahora una expansión inusitada de la historiografía, que comenzaría a fragmentarse y diversificarse bajo un tono interdisciplinar.

Los estudios dedicados a las mentalidades ocuparon en ese marco un lugar particular. Luego de atravesar décadas de escasa exploración desde los aportes realizados por Lucien Febvre en tiempos de los primeros Annales, aparecieron obras producidas por personajes emplazados en lugares de suma relevancia al interior del campo historiográfico francés, como Jacques Le Goff, Georges Duby, Pierre Nora o Phillipe Ariés. Sus encumbradas posiciones académicas habilitaron rápidamente que la circulación de sus trabajos adoptase una escala occidental, gracias a un mercado editorial que les era afín. De manera que desde el lente argentino la re-

cepción del nuevo paradigma se produjo principalmente a través de la historia de las mentalidades.⁵

Su incorporación tardía a la escena local produjo un desfase perceptivo sobre su carácter *vanguardista*. Para el momento en que se abrió el Taller de Historia de las Mentalidades, los nuevos trabajos representaban en la atalaya europea objetos ya normalizados de la investigación. Sin embargo, desde la formación de grado de la carrera de Historia en Rosario, eran aun leídos como vanguardistas y excepcionales, únicamente incorporados al plan de estudios por exclusiva decisión de sus profesores. En este sentido, parte de los estudiantes avanzados y recientes egresados de la carrera para ese entonces confluyen hoy en sostener cuan provocador les resultaba el registro de mentalidades, produciéndoles una marcada *atracción* la propuesta a la que invitaba el taller.⁶

La única integrante del equipo -exceptuando a sus coordinadores-, que compartía esa sensación ya de tiempos anteriores era la Dra. Elsa Caula, quien al momento de la constitución del taller ejercía funciones docentes en la cátedra de «Historia Argentina I», colocándose

⁵ Véase al respecto Barrera, 1996.

⁶ Para este asunto y los siguientes del presente apartado nos hemos servido de la totalidad de las entrevistas exceptuando la del Dr. Roldán, que constituirá nuestro principal soporte para la segunda parte del presente artículo.

como nuestro único testimonio que para 1990 ya mostraba una carrera de casi 15 años. Su caso es significativo, porque nos transmite que su relación con la historia de las mentalidades había comenzado en la década de los '70, durante la dictadura militar, cuando con un grupo de ex compañeras de su carrera de grado (realizada entre 1972 y 1976), formaron su propia catacumba en la ciudad de Rosario. Allí, con el estímulo de algunos contactos que Caula tenía en Buenos Aires, dedicaban tiempo a la lectura y discusión de las publicaciones recientes de la Escuela de los Annales, con un particular acento en los tomos de *Hacer la Historia* de Pierre Nora y Jacques Le Goff (public. original 1974, ed. en español 1978). De manera que, en tiempos de represión y censura, el nuevo paradigma encontraba ya intersticios para su circulación en tanto sus lectores lo reconocían como novedoso y disruptivo. Más adelante, en la década del '80, esa percepción sobrevivió en el caso de Caula, indicando la marginalidad en la que había permanecido la nueva historiografía dentro del campo local.

El formato de funcionamiento del taller se mantuvo de manera similar hasta el año 1993, mediante reuniones mensuales de tres horas en el aula 10 de la

Facultad de Humanidades y Artes. Según Hourcade y Godoy en un escrito que elaboraron para circulación interna en esa unidad académica, la convocatoria inicial congregó a casi una treintena de personas, con una mayoría de alumnos avanzados y recientes egresados, y en menor cuantía a docentes de la carrera, que se estabilizaría en un total de doce personas para fines del primer año, con igual proporción de estudiantes y graduados o docentes.⁷ El objetivo principal consistía en intercambiar lecturas críticas sobre la producción historiográfica orientada en torno a la historia de las mentalidades de la tercera generación de Annales. A la par del intercambio, se elaboraban ensayos históricos de carácter colectivo que pudieran derivar en publicaciones y/o exposiciones en reuniones académicas, teniendo como objeto prioritario de indagación a la historia argentina del período más frecuentado en aquella época (1850-1930).

Sin embargo, la metodología de trabajo excedía los rasgos típicos de cualquier instancia de producción académica, ya que, de la mano de Cristina Godoy, se introducían procedimientos y actividades lúdicas que versaban sobre tres variables: marcar un corte con el afuera institucional; producir afinidad entre los miembros

⁷ En *Taller de Historia de las Mentalidades* de Cristina Godoy y Eduardo Hourcade (s/f), pp. 1-2. El Prof. Pablo Montini nos facilitó el acceso a este escrito y aclaró la que hoy recuerda puede haber sido su finalidad. Este texto constituye el único acceso que poseemos de forma directa a las voces de los coordinadores en su calidad de tales.

del taller; y facilitar herramientas para la construcción de conocimiento.⁸ El formato taller fue decidido no solamente por un contexto económicamente regresivo para la academia, sino también para evitar cualquier tipo de encuadre formal que estructurara verticalmente las relaciones internas (sin perder la distinción de roles con los coordinadores) y frente al temor del escaso éxito y recepción que tuviera la propuesta.⁹ Resulta evidente que el grado disruptivo que el objetivo y la metodología traían consigo llevaba implícito un propósito de transformación político-institucional: desarmar el claustro deconstruyendo las jerarquías de las relaciones sociales al interior de la academia.

Fue el entramado peculiar del taller en conjunción con su disrupción lo que colaboró al poco tiempo en la convocatoria, para lo que los pasillos de la facultad operaron como cajas de resonancia de unas voces que, con entusiasmo, comentaban e invitaban a formar parte de lo que para sus miembros era una experiencia inédita, explorada como un camino alternativo ascendente a nuevos horizontes que contrastaban con la tradición dominante vigente. Un signifiante sintomático y afinadamente representativo lo aportó también la Dra. Caula en su entrevista,

cuando para referirse a la experiencia treinta años después, la recuerda aún como un espacio de «*oxigenación*». Es que un tópico de recurrencia en los testimonios y que también dejaron en claro Godoy y Hourcade, es que frente a la nula retribución monetaria o académico-formal que significaba el taller, este se imponía necesariamente como una instancia de placer intelectual que provocó en sus miembros nada más que «*gratificaciones morales*».¹⁰

Pero continuando con el interrogante por la diferencia que producía en el contexto facultativo la presencia y el funcionamiento del taller, advertimos que tanto por la vía del objeto como por la del formato, esta experiencia indicaba desde su punto de partida la marcha de un proceso desidentificador respecto de lo que nuestros testimonios señalan como «*tendencia marxista*». Tanto las cátedras que se filiaban con la Escuela de los Anales como aquellas que lo hacían con el materialismo histórico, compartían un lenguaje en común orientado sobre el estructuralismo marxista, que sostenía que en la base de la reconstrucción de la realidad histórica se hallaban fenómenos económico-sociales vinculados con el modo de producción. Las escasas

⁸ Algunos ejemplos sobre el último punto pueden ser la construcción de un relato mientras se devanaba la totalidad de un ovillo de lana o el reemplazo del texto de un prospecto médico por uno bibliográfico.

⁹ En Taller..., p. 2.

¹⁰ Ídem.

posibilidades de salida de ese enfoque en los programas de estudio para la exploración de otros registros de análisis por ser considerados superfluos y epifenoménicos, producía una percepción de saturación intelectual en un sector del estudiantado, que, sin perder el respeto profesional por sus docentes, insistían en la búsqueda por otros interrogantes y formas de abordaje historiográfico.

Incluso durante la etapa de funcionamiento del primer taller, aquel marxismo alcanzó su cenit llevando al Dr. Alberto J. Plá¹¹ a la dirección de la escuela, quien fuera probablemente el docente prototípico sobre el que se espejaron las identificaciones de colegas y estudiantes. La llegada de Plá a ese puesto profundizaba más aún la idea de que *lo instituido* se encontraba en manos de la izquierda. El resultado fue la producción de una imagen de la Otriedad historiográfica que combinaba una crítica triangular: hacia el *marxismo estructuralista* (epistémica), hacia la conservación de la *autoridad científica* (política) y hacia el *perfil estructurado* de las personalidades (cultural).

Quien hizo de este último aspecto un asunto central de sus intervenciones académicas fue Cristina Godoy. Además de oficiar como arquitecta del Taller de Historia de las Mentalidades, por su forma de entramar vínculos afectivos y una subjetividad tan disruptiva como el espacio fundado, gravitó de manera importante sobre la convocatoria a una juventud que encontró en ella una nueva forma de habitar y pensar el claustro, una alternativa estética no hegemónica, que hacía estallar los marcos solemnes y rígidos de la institución que albergaba en su interior a los docentes tradicionales de la carrera. Gigi –como la llamaban quienes la conocían–, protagonista de espacios inéditos,¹² fue articulando una geografía sentimental posible de comprender a partir de las voces que aún hoy, treinta años después de iniciada la experiencia, siguen evocando el ánimo singular de la coordinadora con la misma importancia que el objeto de las mentalidades. Son de este modo, las palabras de la Dra. María Luisa Múgica las que aportan una síntesis que dan sentido al transitar de Godoy:

11 Este reconocido profesor e historiador, a quien tampoco llegamos a conocer, fue evocado en algunas de las entrevistas bajo la apócope «San Plá». De acuerdo con la información con la que contamos, tanto por vía de la filiación como por la de la impugnación, algunos estudiantes simbolizaban mediante el plano retórico de etiqueta la inusitada altivez cristalizada en posición de amo que representaba Plá en el marco de la carrera de Historia de los años '80 y '90.

12 El Taller de Historia de las Mentalidades no fue el único espacio singular que abrazó la figura de Gigi Godoy, siendo también de gran importancia el seminario interdisciplinario de Historia-Ficción dictado en la misma casa de estudios; ver Laboranti, M. I., 2017. En un punto, narrar a Gigi y las experiencias que pergeñaba podría bien adoptar la forma de la metonimia.

«audaz, creativa, generosa, comprometida con las innovaciones pedagógicas, acompañó el crecimiento y la formación de muchos talentosos y jóvenes historiadores» (Múgica, 2005:14).

La experiencia del taller fue motivo de ridiculización por parte del plantel tradicional de docentes de Humanidades y Artes, un espacio en el que «no se hacía historia». El hecho de que el objeto de las mentalidades se ubicara para la época en una zona periférica respecto de la producción historiográfica argentina y rosarina, conducía a que el-otro-marxista manifestara resquemores, desazones y descalificaciones para con el tema de estudio y el formato de funcionamiento del taller, todo lo cual devela las tensiones que surgían entre las posibilidades alternativas y la tradición hegemónica. Si apelamos a los recuerdos de nuestros entrevistados, podríamos sostener indiciariamente que, quienes miraban a la experiencia desde afuera, subestimaban intelectualmente cualquier tipo de resultado historiográfico que de aquel se desprendiera, eyectando al plano del *delirio* la propuesta metodológica y sus

rasgos performáticos.¹³ El «dogmatismo legítimo» rivalizó con una experiencia que consideraba *arbitraria* y por ende carente de legitimidad, mientras que los, en este caso, dominados, *forcluyeron* a ese Otro para así trazar su propio *proyecto creador*. Esa forclusión¹⁴ puede inferirse a partir de la producción escrituraria del taller que veremos a continuación, donde el amo/padre/ley (o Plá/Marx/marxismo) siquiera se nombran (Bourdieu 2002; Lacan 1984).

Respecto de la producción escrita que se desprendió de este primer período, entre 1990 y 1993, encontramos algunos textos que funcionaron exclusivamente para circulación interna, y otros que fueron publicados. Vale aclarar que, si el taller tuvo un segundo impulso a partir del año 1996, fue en esta primera etapa en la que se condensó la producción historiográfica más significativa, atendiendo en especial a su escala y densidad.

El primer escrito del que disponemos y que fuera con el que concluyó el trabajo del año 1990, se llamó según su portada *Informe Final. Radiografía de la muerte* y versó sobre el ceremonial velatorio de

13 Todos y cada uno de nuestros entrevistados han evocado episodios en diferentes situaciones y contextos (exámenes finales, asistencia a clases, reuniones de cátedra o de interclaustrós, por ejemplo), en que los docentes materialistas (filiados o no con la Escuela de los Annales) desprestigiaron o degradaron a la experiencia del taller y su objeto de estudio.

14 Recuperamos este concepto lacaniano y lo fusionamos con la teoría bourdesiana luego de la lectura de algunos de los trabajos sobre epistemología y género de Judith Butler, en que recoge la teoría lacaniana para pensar las condiciones y corrientes de producción de conocimiento al interior del campo académico occidental.

Stéfano Casiraghi, esposo consorte de la princesa Carolina de Mónaco, fallecido en octubre de ese mismo año. Con una longitud de cuatro páginas y elaborado con máquina de escribir y retazos de revistas, apunta a reflexionar y parodiar sobre la espectacularización del velatorio que realizaron los medios de comunicación masivos de aquella época refiriéndose a sus consumidores como «*pulpos de sensacionalismos*». Con citas a Pierre Nora y a Jacques Le Goff, el texto aborda las condiciones simbólicas sobre las que la sociedad occidental concibe el acontecimiento de la muerte, los soportes sobre los que circula la noticia del fallecimiento de una figura pública, y las condiciones particulares del velatorio y su tratamiento mediático de un «*plebeyo*» como Casiraghi, que no pertenecía al linaje real ni se había casado según «*las leyes de Dios*» con Carolina de Mónaco (en este sentido, se menciona cuán diferente había sido el ceremonial de la muerte de la princesa Grace Kelly).

Sin embargo, además del contenido específico del texto, resulta provocador su armado, atravesado de imágenes y fragmentos de la cobertura del acontecimiento que las revistas de circulación masiva de aquella época habrían hecho, lo que supone a nuestro parecer una forma demostrativa en tono performático de la espectacularización del velorio. A su vez, y por último, encontramos al comienzo y al final del trabajo los nombres de sus

autores seguidos de sus «identidades»: «*Claudia Menna - Rica y Famosa; Alejandra García - Directora de Cine; Elsa Caula de Imaginario Desarrollado; Marcelo Actis - centro delantero; Pablo Montini - Príncipe de Mónaco; Sara San Roman - Astronauta*». En este punto, aventuramos la idea de que, en el contexto informal del taller, trabajando sobre un tópico como el de los imaginarios, sus integrantes se atrevieron a mimetizarse con este objeto, presentándose según algún deseo subjetivo que solamente una performance como esta les habría permitido conjugar, desafiando lo real indisponible y delatando con excentricidad cuan suspendido quedaba el afuera al interior del taller. Las firmas de todos y cada uno se encuentran al final de la última página, apodando al grupo como «*La Media Docena*», donde además agradecen a Hourcade y Godoy por su estímulo.

Para dar cuenta de lo que ocurrió durante el año siguiente, nos pareció conveniente citar directamente a los coordinadores del taller, quienes indican que:

Al reinicio de las actividades en el año 1991 se plantearon dos objetivos: la profundización de nuestros conocimientos en aspectos concretos de la metodología específica de una historia de las mentalidades y el ensayo de producción propia como resultado de la experiencia acumulada. Así planteado, se procedió a dedicar la primera mitad del año para las cuestiones metodológicas, iniciando

en la segunda parte de 1991 un ejercicio de reflexión sobre aspectos de la obra del historiador norteamericano Robert Darnton, que confluyeron en un breve ejercicio de escritura colectiva que tiene por título «El rostro de una categoría»¹⁵

Según nuestros testimonios y de acuerdo con nuestra formación historiográfica, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa* de Robert Darnton, publicado por primera vez en inglés en 1984 y en español en 1987, constituía para aquel entonces una inusitada novedad, no solo por los objetos y su tratamiento metodológico, sino porque, aunque embebido de la tercera generación de Annales, aquel libro significaba el desembarco de la historia de las mentalidades en la academia norteamericana. Era Cristina Godoy la que mayor afinidad tenía con esta, ya que había residido en su juventud en los Estados Unidos y, por amistades, visitaba ese país con frecuencia. En una de esas estadías, en enero de 1991, logró entrevistar a Darnton en la Universidad de Princeton sobre *La gran matanza...* De esa forma, fue que decidió impulsar

su análisis en el marco del taller, para lo cual además invitaron a quien, ya en ese momento, se colocaba como un referente en estudios histórico-culturales en la Argentina, el Dr. José Emilio Burucúa. En una de las reuniones de aquel año, abordaron con él –en ese entonces Profesor Titular de Historia Moderna en la carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires–, aspectos metodológicos del enfoque de las mentalidades y conceptos de la teoría del arte (particularmente la línea Warburg-Gombrich). El resultado del trabajo de todo ese año se resumió entonces en el artículo *El rostro de una categoría*, que buscó echar luz sobre el capítulo «Un burgués pone en orden su mundo: la ciudad como texto» del libro de Darnton.¹⁶

Sobre el trabajo del año 1992, Godoy y Hourcade también nos aportan información precisa al respecto, indicando que decidieron profundizar la dedicación a la escritura. En un año significativamente conmemorativo en el mundo entero, signado por el quicentenario de la conquista de América, sugerimos la idea de que, en el marco de una historiografía principalmente abocada al estudio del

¹⁵ En *Taller...*, p. 2.

¹⁶ La información que poseemos de las actividades del año 1991 fue principalmente obtenida a partir del testimonio de la Lic. Alejandra García. Ni ella ni ningún otro entrevistado posee en la actualidad el artículo completo, por lo que nos resulta imposible reseñarlo. Según Godoy y Hourcade en el texto ya citado, buscaron publicarlo en una compilación, pero a pesar de nuestra intensa búsqueda no hemos llegado a ningún resultado.

período 1850-1930, la indagación sobre los festejos del centenario de la revolución de mayo en 1910 se instaló como una temática afín a la opinión pública del momento, atravesando de lleno la actividad del taller.

Para abordar la enorme masa de materiales disponibles—*escriben los coordinadores*—, encaramos la subdivisión del taller en diferentes equipos que tomaron a su cargo algunos de estos aspectos: política educacional, proyectos edilicios y conmemorativos de impacto urbano, la representación de imágenes alegóricas de diferente categoría (numismáticas, estatuarias, pictóricas), el registro de los discursos pronunciados alrededor de la ocasión (aproximadamente unos trescientos) y las valoraciones del evento en visitantes e intelectuales locales¹⁷

Además, el Dr. Natalio Botana, en su pase por Rosario durante la segunda mitad de 1992, se reunió con miembros del taller para la discusión sobre las líneas de trabajo e hipótesis principales de la investigación. Como bien sabemos, dicho historiador era en aquel momento, y lo sigue siendo, un especialista de los procesos que ocupan el período de la Argentina oligárquica, por lo que el en-

cuentro era oportuno y, en consecuencia, el intercambio deberá de haber resultado productivo. Finalmente, el trabajo se publicó en el número 4 de la revista *Estudios Sociales* de la Universidad Nacional del Litoral, en el primer semestre de 1993, con el título «La Argentina de 1910. Sensibilidad, Alegorías, Argumentos en torno de un Centenario» con autoría del Taller de Historia de las Mentalidades.¹⁸ En un acotado número de páginas (15), se escribieron las hipótesis y variables de análisis que Godoy y Hourcade dejaron en claro en el fragmento citado, constituyendo la publicación un punto de partida a un problema prácticamente inexplorado para aquel entonces, y que con el tiempo sería cultivado por nuestra historiografía.

Continuando con la reconstrucción de publicaciones y coordinadas de reflexión, debemos evocar uno de los tópicos que funcionó con centralidad en el taller: la muerte. Esta había atravesado su apogeo en tanto objeto de estudio de la historia cultural francesa durante los años setenta y principios de los ochenta, con obras columnes como *Historia de la muerte en Occidente* (1974) y *El hombre ante la muerte* (1977) de Phillipe Ariés, así como la clásica *El nacimiento del purgatorio*

¹⁷ En *Taller...*, p. 3.

¹⁸ El lugar de publicación fue probablemente facilitado por el profesor Hourcade, quien había participado del comité fundador de la revista y era miembro de su consejo editorial (en Quiroga y Devoto, 2016).

(1981) de Jacques Le Goff. Las lecturas de estas obras constituyeron parte de la agenda del taller desde 1990, razón por la que el primer ensayo sobre el velorio de Stéfano Casiraghi no resulta totalmente sorprendente. Pero, además, Godoy y Hourcade, sostienen que «*los efectos de esta apropiación intelectual aparecieron con posterioridad en una serie de trabajos de algunos miembros del taller*»,¹⁹ siendo ejemplos «Arquitectura de un más allá»²⁰ y «Algunas reflexiones sobre el imaginario de la muerte en el llanto por Ignacio Sánchez Mejías de Federico García Lorca».²¹ Estas experiencias de escritura y reflexión prepararon el escenario para la obra cúlmine de esta primera etapa del taller, publicada en octubre de 1993 por UNR Editora: *La muerte en la cultura. Ensayos Históricos*.

En la confección del libro participaron como autores Godoy y Hourcade, quienes además oficiaron como compiladores, los miembros activos del taller, algunos de los cuales solo figuran como colaboradores, y algunos historiadores pertenecientes a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre quienes se destaca quien en ese mo-

mento fuera director del Departamento de Historia, el Dr. José Emilio Burucúa. Adentrarse en las doscientas páginas de la obra implica, desde nuestro punto de vista, corroborar quizás de manera más literal y evidente que en el caso de otros objetos, las palabras que alguna vez escribiera Marc Bloch: «*No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos*» (Bloch, 2000:50). El resultado es una exquisita operación que logra (des) entramar representaciones y sensibilidades, explorando el imaginario ante el Tánatos.

Seis ensayos constituyen el entramado principal, divididos en tres tópicos:

- El primero fue llamado *Representar*, e incluyó dos capítulos. Uno fue llamado «Hamlet, Muerte y Locura (Una historización)» de C. Godoy y E. Hourcade, y abordó al personaje shakesperiano bajo la lupa teórica de Foucault y Ariés, apuntando a revelar signos culturales sobre lo mortuario presentes en el protagonista de la ficción literaria renacentista. El otro se nombra «Imágenes e Idea de la muerte en Buenos Aires»

¹⁹ En *Taller...*, p. 2.

²⁰ Elaborado por Alejandra Echeverría, Cristina Godoy, Eduardo Matuc y María Luisa Múgica. Fue presentado como ponencia en la mesa «Metodología e Historiografía» de las III Jornadas Interescuelas Universitarias de Historia de 1991, realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

²¹ No contamos con su fecha exacta de producción.

- de Andrea Jáuregui y reflexiona sobre la espacialidad porteña de la muerte, enfocando con nitidez las marcas representacionales del Cementerio de la Recoleta y Los Salones Nacionales.²²
- El segundo tópico, *Imaginar*, comienza con «Arquitectura de un más allá» de C. Godoy y E. Hourcade, trabajo que explora y estudia desde una óptica historiográfica *El nacimiento del purgatorio* de Le Goff, complejizando las perspectivas sobre el mundo de las divinidades y su relación con la muerte en tiempos medievales.²³ Por su parte, en el mismo apartado, encontramos «La muerte del santo en la obra de Gonzalo Berceo» de Ariel Guance, escrito que desconfigura los mecanismos de difusión de *Muerte Ideal (del Santo)* y su impacto en la sociedad medieval, a través de los textos hagiográficos del poeta y representante eclesiástico Gonzalo Berceo.
 - El último tópico, *Vivir la muerte*, presenta «Gestualidad y sentido de la muerte en Buenos Aires durante

la primera mitad del s. XIX» de Lilian Diodati y Nora Liñán, trabajo que ilumina prácticas y rituales fúnebres desplegados en ciudad y campaña durante dicho arco temporal;²⁴ y «La muerte del Tribuno» de E. Hourcade, el cual se adentra en un análisis integral de las ideas de Lisandro de la Torre, disponiendo para ello de cartas, testimonios y obras inéditas que permiten reconstruir el perfil del legislador y las circunstancias de su suicidio.²⁵

Pero además de estos trabajos elaborados en su conjunto bajo las reglas clásicas de la escritura académica, el libro despierta a través de sus páginas un universo constituido por una red que entrecruza letras y arte. Obras selectas de Raquel Forner pertenecientes a las series «España» (1937-1939) y «El Drama» (1939-1946),²⁶ acompañadas de una selección fotográfica de mausoleos²⁷ proyectados por la élite argentina, invitan a pensar esas obras de arte como «una fuente *sui generis* para

22 Este trabajo se encuadró en un proyecto de investigación más amplio llamado «Historia de la muerte en el Río de la Plata», realizado por la autora desde 1990 bajo la dirección del Dr. J. E. Burucúa.

23 Este trabajo es una reversión, a cargo de E. Hourcade y C. Godoy, del trabajo citado anteriormente con el mismo nombre.

24 Versión abreviada. El trabajo original fue presentado para la aprobación del Seminario General de la Licenciatura en Historia durante 1989 en la Facultad de Humanidades y Artes, UNR.

25 Trabajo en colaboración con Marcela Chiarotti.

26 Son tres los óleos elegidos y expuestos de la artista argentina: «La victoria» (1939), «Éxodo» (1940) y «El juicio» (1946).

27 Las fotografías pertenecen en su totalidad al Cementerio de la Recoleta.

la reconstrucción histórica»(Jáuregui en Godoy y Hourcade 1993:70), además de que suponen un aditamento histórico-estético para el libro en general, ya que se encuentran repartidas en distintas páginas cual catálogo museológico. De esta manera, *La muerte en la cultura...* se erige en un punto como una obra de arte en sí misma sobre el imaginario mortuorio. Su grado de originalidad fue sintetizado en la introducción, que estuvo a cargo de J. E. Burucúa, quien en breves y sintéticas palabras emplazó el lugar que ocupara la publicación en el campo historiográfico de ese momento: «*en la Argentina, estos seis ensayos históricos sobre la muerte en la cultura forman un primer corpus maduro de aproximaciones historiográficas al, hoy por hoy, bulímico tema de la muerte*» (Burucúa en Godoy y Hourcade, 1993:22). El abordaje de ese tema sobre el tejido cultural argentino se colocaba entonces como la singularidad vertebral de esta pieza historiográfica. La lectura del pasado nacional desarticulando los sistemas de representación y sus instrumentos de intermediación, arribando a concepciones del mundo mediadas por sensibilidades, valores, actitudes, símbolos, gestos, esquemas mentales y memorias, constituye el valor fundamental de esta experiencia ensayística.

Pero, en el momento en que el taller logró producir la obra más vasta y acabada de sus cuatro años de vida, esta se vio intrépidamente interrumpida. Des-

conociendo alguna razón en particular que pueda explicar un desenlace quizás sorprendente, lo que nuestros testimonios muestran es que para la segunda mitad del año 1993 la cantidad de concurrentes habría descendido de manera notoria, principalmente por motivos personales. Sin embargo, pareciera ser que fueron no solo los concurrentes los que esgrimieron ese tipo de razones para el abandono sino también los mismos coordinadores, que habrían entrado en una fase distante y conflictiva de un vínculo que excedía el espacio académico. De hecho, según el testimonio de la Prof. Chiarotti, para esta instancia las reuniones ya no se realizaban más en la facultad, sino en la casa particular del Dr. Hourcade, sin la presencia de Cristina Godoy y, en consecuencia, con otro dispositivo metodológico, orientado estrictamente a la lectura y crítica bibliográfica. En este sentido, resulta sumamente sintomático que la explicación en torno al desarrollo de la vida del taller se ancle en motivaciones que se asemejan demasiado al objeto de indagación que lo ocupaba. El carácter informal de esta *microsociedad* habilitó a que asuntos como la maternidad, la amistad o el amor interfirieran con igual intensidad que problemas vinculados con el mundo de lo material (como las necesidades laborales y su complicada convivencia con el ritmo de estudio que exige una carrera de grado). De manera que el libro sobre el problema de la

muerte sirvió como broche de cierre de la historia que había comenzado en 1990 y que no se reabría sino hasta 1996.

Algunos de los miembros originarios del taller ahora disuelto pasarán a integrar espacios igualmente innovadores y vinculados con problemáticas culturales, como la primera cohorte de la Maestría en Estudios de Género que se dictara desde 1993 en la Facultad de Humanidades y Artes (los casos de Caula y Chiarotti, por ejemplo) o el Centro de Estudios Interdisciplinarios que coordinara Hugo Quiroga en Rectorado de la UNR desde 1994 (como el caso del mismo Hourcade). Esos lugares posibilitaron el encuentro entre ex miembros del taller, lo que les permitió seguir en contacto y estar ya en condiciones de apropiarse de una forma diferente de lo aprehendido durante los años que ocupan las líneas de este apartado.

El segundo Taller de Historia de las Mentalidades (1996-1999)

Fue en la segunda mitad del año de 1996 que el Taller de Historia de las Mentalidades retomó su existencia a razón de una

convocatoria que hicieran Hourcade y Godoy a la cohorte que ese año se encontraba cursando «Teoría de la Historia». Ambos seguían oficiando como Profesor Titular y Profesora Adjunta respectivamente, con un plan de estudios similar al de principios de la década, dedicando un núcleo a problemas de mentalidades. Las reuniones adoptaron nuevamente una frecuencia mensual y una duración de tres horas, y pasaron a realizarse en el aula 9 de la facultad.²⁸

La ausencia de profesores y recientes egresados en la composición de los miembros del nuevo taller resulta ser un cambio llamativo. En este caso, la convocatoria había sido interna a quienes cursaban la materia en 1996, por lo que, exceptuando a los coordinadores, el resto de los asistentes estaba compuesto por estudiantes de segundo año de la carrera,²⁹ un elenco que con los años no se renovó.³⁰ La razón probable que explica que la segunda edición del taller se mantuviera con una sola cohorte puede quizás radicar en que luego de 1996 Cristina Godoy dejó de participar. De allí en más, Hourcade permaneció como el único referente hasta la disolución

28 El testimonio principal del que nos hemos servido para elaborar las páginas concernientes a este apartado es el del Dr. Diego Roldán. A su vez, muchos de los datos que nos proveyera Roldán en su entrevista fueron corroborados en un intercambio informal con el Dr. Ignacio Martínez.

29 Vale aclarar que el plan de estudios actual (2002) desplazó a «Teoría de la Historia» al tercer año de la carrera, pero hasta ese momento se encontraba en el año anterior por la normativa de 1985.

30 Desconocemos las razones por las que la convocatoria habría sido interna, sin llegada al cuerpo de profesores.

de la experiencia en 1999, año para el cual solo se encontraban como miembros regulares del taller los estudiantes Leticia Rovira, Ignacio Martínez y Diego Roldán. Es que, nuevamente, la información con la que hoy contamos hace alusión a otro distanciamiento entre Godoy y Hourcade, agregando a ello la instancia ya avanzada de una enfermedad incurable que aquejaba a la profesora. Según lo describen quienes lo conocieron, el Dr. Hourcade no se destacaba por un ánimo emprendedora y entusiasta para la realización de actividades colectivas, sino que mantenía un perfil somero y serio, lo que no ayudaba en la renovación de la convocatoria ni en la transmisión provocadora que años atrás caracterizaba a Cristina Godoy. Además, nos consta que mucho de su tiempo pasó a estar dedicado a la elaboración de la tesis doctoral que presentara en el año 2003 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, por lo que comenzaría a viajar a Francia con frecuencia (Quiroga y Devoto, 2016).

Como podrá entonces suponerse, a pesar de que el objeto de indagación permanecía intacto, la metodología de trabajo al interior del taller había cambiado, y no solo por la ausencia física de Godoy, sino incluso por su propio devenir subjetivo que, quizás vinculado con su enfermedad, la mostraba carente del ánimo y el afecto que había ensayado con el elenco del primer taller. Ahora se había convertido en una docente distante,

abocada primordialmente al dictado de clases. Nada de los rasgos lúdicos que describimos párrafos atrás se sostenía y el taller giraba en torno a la lectura y crítica bibliográfica de manera exclusiva. Si bien la informalidad de la experiencia permanecía intacta, así como un formato que privilegiaba la horizontalidad en el intercambio entre sus integrantes y la crítica al estructuralismo marxista subsistía de igual forma, los rasgos performáticos que cuestionaban los modos tradicionales de la sociabilidad académica se habían extinguido. La propuesta estética estaba diluida, por lo que si los asistentes percibían en ese espacio un lugar afectuoso y contra jerárquico se daba más por las condiciones de hecho que allí imperaban antes que por una serie de actitudes y procedimientos premeditados que buscaran ese resultado. De cualquier modo, la exploración de problemas culturales y la meta colocada en la producción escrituraria permanecían como horizontes. Además, la *sensación* de que las lecturas del taller representaban un diálogo con la *moda o vanguardia* historiográfica de Annales era todavía un hecho para los estudiantes de la segunda mitad de los años '90. La presencia del marxismo permanecía intacta en la carrera de Historia por lo que el sentido epistémico y desidentificadorio de esta *microsociedad* se sostenía bajo los mismos fundamentos. Ello a pesar de que las publicaciones historiográficas habían entrado ya en una fase especializada que había vuelto

equilibradamente heterogéneo al espectro analítico. La falta de un paradigma dominante y de un período privilegiado, como fuera en la década de los '80, eran las novedades del momento, con la única continuidad en el espacio nacional como geografía predilecta de las pesquisas (Rodríguez, 2003).

Si bien el registro de las mentalidades continuó siendo el mayormente atendido, en esta nueva etapa la recepción de la «operación histórica»—al decir de Michel De Certeau— de la *Nouvelle Histoire* se dio de una manera más generalizada, contemplando tanto sus características historiográficas plurales, así como las tecnológicas, en el sentido de sus anclajes en los dispositivos comunicacionales de la Francia de la década del '70.³¹ En ese sentido, notamos que la agenda de lectura del taller se había ampliado y diversificado, incorporando a la literatura de Robert Darnton, Le Goff o Ariés la de Francois Furet, Jean Braudillard, Giovanni Levi, o debates como el de Roger Chartier con la perspectiva de la gramática cultural de Clifford Geertz. Pero no solo eso, sino que, desde el comienzo, el profesor

Hourcade planteó su interés por el diálogo de la historiografía con el periodismo, apuntando a reflexionar sobre las diferentes formas de construcción de conocimiento que realizaban una y otra práctica investigativa. En un contexto de modernización, ampliación y diversificación de los *mass media* en Argentina, Hourcade invitaba a sus estudiantes a pensar los problemas de la divulgación histórica y de la intervención de los intelectuales en la arena pública.³²

Sin embargo, más allá de las discusiones y lecturas, si algo ocupó al segundo taller fue la investigación. Es que Hourcade invitó a los estudiantes a definir un tema que les permitiera realizar una primera experiencia de archivo que, por razones materiales, debía estar situado en Rosario. Como es harto conocido, la década de los años '90 estuvo profundamente marcada en la historiografía por el problema de la memoria y el patrimonio. El renombrado concepto de Pierre Nora «lugares de memoria» circulaba de manera intensiva en el campo académico francés y argentino, vertebrando objetos de investigación y ordenando la discusión dentro de la historia

³¹ Ver al respecto Bourdieu y Martin, 1992.

³² Al respecto, resulta preciso indicar que el profesor había invitado al periodista local Francisco Bessone para contribuir a esa discusión en una jornada específica del taller dedicada a ese intercambio. Además, según el testimonio del Dr. Roldán, sabemos que Hourcade valoraba personalmente el proceso de ampliación de los *mass media*, fenómeno que en parte atribuía a la estabilidad monetaria que había llegado con la convertibilidad. De hecho, es conocido que era un empedernido oyente y coleccionista de radios a transistores (Quiroga y Devoto, 2016).

cultural. En este sentido, la idea de que en una sociedad posmoderna el pasado ya no se transmitía a partir del viejo relato disciplinario de la historia patria, se traducía en un estallido memorialístico que buscaba anclajes materiales, es decir, *lugares*, sobre los que se hiciera reposar un imaginario simbólico que los invistiera de *memoria* y así poder apropiárselos socialmente (Nora, 2008). Este «ensanchamiento del pasado» en clave fragmentaria y capilar, coincidía en la Argentina con una época en que las reminiscencias traumáticas de la última dictadura militar recuperaban presencia en el espacio público, gracias a las diferentes intervenciones de los actores de la sociedad civil, entre ellos las organizaciones de derechos humanos y los medios de comunicación. Lo que se produjo fue, según Claudia Feld, un «deber de memoria» en torno a las violaciones de los derechos humanos, trascendiendo el plano de las instituciones judiciales para facturar evocaciones sobre distintos soportes apropiables por el espectro social en su conjunto (Lvovich y Bisquert, 2008).

El impacto que este «boom de memoria» tenía sobre el estudiantado de Humanidades y Artes era, según nuestros testimonios, significativo. Sin embargo, la posibilidad de explorar desde la historiografía el pasado reciente era todavía

una aventura considerada sospechosa a razón de su tendencia presentista. La selección de un objeto que saliera de esa trampa pero que sintonizara con lo que estaba produciendo la historia cultural y urbana en ese momento –principalmente abocada al siglo XIX (Rodríguez, 2003)–, llevó a que desde el taller se seleccionara colectivamente el Monumento Nacional a la Bandera como tema de exploración.

Probablemente el *lugar de memoria* más emblemático de la ciudad de Rosario, este ofrecía condiciones institucionales satisfactorias para realizar trabajo de archivo. Además, en 1995 el monumento había sido modificado por la incorporación del complejo escultórico de Lola Mora en el pasaje Juramento (Couselo, 2015), lo que visibilizaba, por un lado, que la historia de su erección se hundía efectivamente en la polémica de las bellas artes de entre siglos, y por otro, que permanecía abierto a intervenciones vinculadas con la tendencia patrimonialista de los años '90. El conjunto de estas razones operó para que el monumento terminara siendo objeto de indagación.

Quienes se ocuparían de hacerlo serían Leticia Rovira, Ignacio Martínez y Diego Roldán, encontrando allí su primera experiencia de ese estilo para lo que sería luego una larga carrera como historiadores.³³ El

33 Más tarde, los tres realizarían sus respectivas tesis doctorales en el marco de las becas del CONICET y llegarían a ser profesores concursados de distintas cátedras de la carrera de Historia, permaneciendo en funciones en la actualidad.

profesor Hourcade se encargaría de acompañarlos en ese trayecto, concurriendo con ellos al archivo del monumento y orientándolos en la factura del artículo que publicarían en *prohistoria* en la primavera de 1999.

Pero hasta que llegó ese momento, Rovira, Martínez y Roldán también asistieron a charlas y congresos invitados por el mismo Hourcade. Sobre las primeras, Roldán recuerda haber participado de conversatorios con personalidades que llegaban desde Buenos Aires o el exterior, como Juan Carlos Garavaglia, Sandra Gallol, Claudio Ingerflomo Roger Chartier, y sobre los segundos destacan sus participaciones en el I Encuentro Seminarios de Trabajo realizado en el Centro Cultural Parque de España de la ciudad de Rosario en 1998, donde cada uno presentó una exposición sobre una arista diferente de la investigación que estaban llevando a cabo sobre el monumento.³⁴

El trabajo final intenta dar cuenta de los intereses, tensiones y disputas simbólicas en torno las diversas propuestas estilísticas que configurarían la obra monumental emplazada a orillas del Paraná. Para dicho objetivo, los autores, analizaron con precisión los fenómenos

de «*planificación de una pedagogía patriótica y las representaciones simbólicas*»,³⁵ en una periodización que se inicia en 1870 extendiéndose hasta 1940. La metodología versa sobre una reconstrucción de los debates, argumentos e ideas que circularon entre las instituciones y los actores sociales de la ciudad.

El artículo inicia con un breve derrotero que a modo introductorio, pretende demostrar los embates que atravesaron al proyecto monumental. En este intento, la primera década del siglo xx resultaría trascendental ya que el proyecto había ingresado al seno del Estado Nacional –del cual nunca más se desprendería–, en el marco de las obras iniciadas por el centenario de Mayo, lo que garantizaría un subsidio para su construcción. La Comisión del Centenario apuntaba a la producción de un acontecimiento que deleva«*una coyuntura de exaltación oficial de una nacionalidad planificada*». ³⁶ Es que la nacionalización diagramada de ciudades que al calor de la modernización y la inmigración se habían convertido en reductos cosmopolitas era una de las preocupaciones centrales de la elite intelectual y política de principios del siglo xx. Para dicho proyecto, la espacialidad debía configurarse sobre un escenario

34 Los títulos de los diferentes trabajos pueden encontrarse en “*La Patria...*” de Leticia Rovira, Ignacio Martínez y Diego Roldán (1999).

35 En “*La Patria...*”, p. 299.

36 Ídem, p. 303.

de múltiples expresiones materiales que desprendieran el ánimo y los valores nacionales. Las representaciones que evocaron la gesta patriótica y sus protagonistas fueron de vital importancia para la invención de una tradición que pusiera coto al problema de la *desnacionalización* que atentaba contra la nación imaginada en el siglo XIX. Uno de los dispositivos desplegados en esta operación fue entonces la llamada *pedagogía de las estatuas*.³⁷ Es en esa operación que se inscribe Rosario, una ciudad con un pasado colonial de extrema baja intensidad, y una única posibilidad de encontrar un punto de contacto con la historia nacional a partir de la gesta de Manuel Belgrano, lo que le daría «un origen ubicado más allá de su prosperidad de ciudad-puerto cosmopolita y mercantil».³⁸

Luego de un proceso caracterizado por embates, hiatos e intentos fallidos, los autores se detienen en las discusiones producidas entre 1926-1928. En este bienio se produce, por un lado, una consulta coordinada por La Comisión Popular Pro Monumento Nacional a la Bandera, habilitando la opinión «sobre la manera en que debía ser construido un monumento a la patria, para definir los fundamentos ideológicos y estéticos»³⁹ y, por otro, la

convocatoria de artistas y arquitectos para la ejecución del proyecto. Sin cesar, se inicia un ciclo de marchas y contra-marchas que ralentizarán el proyecto pero que concluirá de forma definitiva en el año 1957. El trabajo de reconstrucción discursiva y su análisis crítico permite develar en suma la artificialidad del que, hoy por hoy, se erige como símbolo de identidad rosarina.

De esta manera concluirán las publicaciones que se desprendieron del Taller de Historia de las Mentalidades desde 1990, siendo el artículo de *prohistoria* la única producción escrita que tuviera la segunda edición del espacio. Para la primavera de 1999, las reuniones se habrían interrumpido sin anuncio alguno por falta de convocatoria del profesor Hourcade—según nos consta los estudiantes habrían seguido interesados—, y de allí en más no se reeditaría una experiencia similar en la Facultad de Humanidades y Artes. Podemos reiterar en este punto el hecho de que el profesor se encontrara más ocupado que en tiempos anteriores por sus compromisos académicos en un contexto en que la historia cultural había ya dado signos de una legitimidad como subdisciplina que a principios de la década no habrían existido. Quizás la recepción de este hecho

³⁷ Al respecto, los autores citan tanto a *La restauración nacionalista* de Ricardo Rojas (1909) y el para ese entonces recientemente editado *La grilla y el parque de Adrián Gorelik* (1998).

³⁸ En "*La Patria...*", p. 303.

³⁹ Ídem, p. 304.

que disolvía la percepción de la potencia singularmente creadora del taller, sumado a una subjetividad no tan convocante y al haber cumplido con la tarea primigenia de confluír el taller con una publicación, hayan sido los factores que contribuyeron a que hasta aquí llegara lo que había comenzado por segunda vez en 1996.

Conclusiones

El ejercicio historiográfico que supone el presente artículo no versa únicamente, como anunciamos en la introducción, sobre la reposición del Taller de Historia de las Mentalidades y su dispersión en la diacronía. Además de intentar otorgar sentido a sus procesos de constitución, funcionamiento y declive en base a las entrevistas que realizamos y los escasos documentos escritos que logramos reunir, nuestro objetivo investigativo radica también en ofrecer una interpretación que conceptualice en términos sociológicos una experiencia que desafía los rasgos prototípicos del campo científico. A pesar de que las características intrínsecas del taller difieren de sí mismas en su primer y segunda etapa, nada indica una transformación que haya buscado *instituir* al taller de acuerdo con los mecanismos formales y normalizados que muestra la academia para la década de los años '90.

Cuando revisamos nuevamente el contexto institucional del momento, encontramos que la experiencia del taller no desentonó de manera absoluta con los

rasgos de un clima de época. El notorio deterioro material que venía atravesando el mundo de la investigación y la docencia universitarias en la Argentina –en sintonía con la crítica coyuntura macroeconómica a nivel nacional –sumado a la orientación endógena en la producción de objetos de investigación que ocuparan el período 1850-1930 tuvieron una correlación directa con la forma de funcionamiento del taller. Como hemos visto, la circulación dineraria para su supervivencia era prácticamente inexistente (y cuando la hubo se debió al apoyo de instituciones locales afines a los personajes que lo transitaban), la definición del objeto así como su encuadre teórico respondían a la recepción de un movimiento estrictamente historiográfico como el de la tercera generación de Annales y el recorte temporal que se priorizó en las investigaciones fue el que la historiografía local más cultivaba (tanto a principios como a fines de los años '90, cuando la historia cultural incluso siguió indagando sobre aquel mismo lapso). El punto fue que, dentro de estas condiciones de posibilidad, aunque se podría haber optado por la creación de un espacio de sociabilidad inscripto en la estructura institucional que respetara el *habitus* del campo científico, se creó un taller que desafió esas reglas, produciendo una subversión interna por sus características performáticas y contra jerárquicas y por la elección de un registro de análisis considerado intelectualmente ilegítimo.

El *proyecto creador* en suma combinaba esos dos aspectos con un criterio de igualdad.

Todo ello indica que, si bien la experiencia se desprende de la vida institucional universitaria y de una historiografía normalizada en la plataforma académica europea, ni el formato interno, ni el intercambio entre los pares, ni los espacios de publicación (cuando los hubo) respondieron a la búsqueda de un lugar reconocido dentro del juego de posiciones que implica un campo científico. En todo caso, dentro de esa geografía, resulta evidente que el taller se emplazó en una zona *periférica*, inscribiéndose inevitablemente en una lucha a la cual se prestó sin mayor virulencia. Esta potencia de baja intensidad se indica de hecho en la fuente citada con autoría de Godoy y Hourcade cuando afirmaban que el formato había sido seleccionado frente a la posible escasa recepción que tuviera la propuesta, lo que indica que, si en todo caso prestaron un combate, no fue por la *posición* sino por la *concepción* de la historia.

Como nos señalara el Dr. José Emilio Burucúa en un intercambio virtual que mantuvimos durante el mes de enero de 2020,⁴⁰

«...la historia económica era casi dueña y señora del territorio; lanzarse a colocar las

ideas, el arte, las costumbres compartidas, los sentidos comunes, los prejuicios que suelen circular entre los seres humanos y revelarles el sentido o las falencias de sus vidas, era un trabajo de cierto riesgo en la década de 1981-90. Se ponían a menudo en juego el prestigio profesional y la consideración de los compañeros de ruta. Muchas veces, los “culturalistas” éramos en Argentina historiadores de segunda. Cristina y Eduardo llevaron a cabo lo que Lucien Febvre llamaba un “combate por la historia”».

En estas breves pero agudas líneas Burucúa indica con precisión y sin rodeos lo mucho que nuestros indagados tenían por perder -o ya consideraban perdido- cuando inauguraron la experiencia del Taller de Historia de las Mentalidades. En este sentido, quisiéramos retomar la sugerencia del profesor respecto de la idea de Febvre sobre los «combates por la historia», ya que, en ese clásico, Febvre representa, cuarenta años antes, la motivación central de los miembros del taller, pero particularmente de sus coordinadores: «...*nunca he luchado en favor mío ni tampoco contra tal o cual persona determinada. Será “Combates por la historia”, ya que por ella he luchado toda mi vida*» (Febvre, 1982:5). Sin ánimos de romantizar ni desinvertir de sentido

⁴⁰ Aprovechamos esta instancia para agradecerle a este reconocido historiador, la gentileza de respondernos.

político la *acción* de Godoy y Hourcade, resultaría en todo caso una subestimación considerar que mediante esa experiencia esperaran resultados significativos de acumulación de capital para el avance al interior del campo. De hecho, más tarde demostrarían cada uno con sus recorridos personales que la obtención de un doctorado y la frecuente intervención en diferentes publicaciones de otra índole, en un contexto además que ya habría de incorporar a la historia cultural como una subdisciplina legítima al interior de la historiografía, los terminaría conduciendo a ocupar puestos de mayor relevancia y referencia profesional.

Pero, además, si bien el contexto de interlocución de Febvre se daba con la historiografía hoy considerada tradicional, anclada en la producción de una historia fáctica, centrada en acontecimientos políticos, diplomáticos y militares, para lo cual solo se aceptaba el uso de fuentes escritas, nos parece que para el contexto argentino y rosarino de los años '90 puede funcionar analógicamente en relación con el imperativo de la historia económica y su matriz marxista:

Hay que utilizar los textos, sin duda. Pero todos los textos. Y no solamente los documentos de archivo a favor de los cuales se ha creado un privilegio [...] También un poema, un cuadro, un drama son para nosotros documentos, testimonios de una historia viva y humana, saturados de pen-

samiento y de acción en potencia... (Febvre, 1982:29,30)

Así, la percepción *vanguardista* en relación con el materialismo estructuralista convenció a los protagonistas del taller de que su experiencia era iniciática y cismática. Procuraron repetir los términos de la ruptura original de la corriente que los apañaba. Los aspectos procedimentales de la experiencia contribuyeron a la producción de un *gesto provocador* para con la tradición vigente—particularmente en el momento Gigi— antes que en una estrategia por el alcance del poder.

Ese perfil performático puede quizás explicar que el balance final de las publicaciones fuera somero o escaso, dado que solo se cuentan con dos artículos en revistas académicas y un libro —que además está integrado por personajes ajenos al taller—. Sin embargo, nuevamente, no es la escala de la producción sino su concepción lo que se impone como denso. La formulación de los interrogantes, la exploración de las fuentes y los encuadres teóricos de los trabajos los vuelven indudablemente aportes que en su conjunto se revelan originales. Sin embargo, porque el campo orbitaba sobre otros temas y enfoques, por el *peso funcional* que dentro suyo ocupaban Hourcade y Godoy y porque las posibilidades de circulación de su producción textual estaban más que nada condenadas a no escapar de la aldea rosarina, le valieron al Taller de Historia

de las Mentalidades la ausencia en los annales de la historia cultural argentina.

Si bien Burucúa desde la actualidad nos señala que esa ausencia no hace justicia a la importancia de la experiencia en la configuración de una nueva historia cultural en la Argentina y que, por esa razón, la deuda para con Hourcade y Godoy sigue siendo válida, la recuperación del legado del taller es difícilmente registrable en los trabajos que luego se produjeron sobre mentalidades. Aunque ello ameritaría una investigación aparte, y no es nuestra meta *medir* el impacto de las publicaciones aquí reseñadas, nuestro *background* historiográfico, nutrido principalmente por la formación de grado en Rosario, ciudad cuna y difusora de la experiencia que aquí tratamos, nos dicta que a la posteridad no fue el proyecto creador lo *objetivado*, sino las figuras singulares de Godoy y Hourcade que se erigieron como referentes de un campo de estudios, una vez que habían definitivamente ingresado en una zona más céntrica del mapa institucional de la historiografía. Quizás el significado del taller haya radicado, en el marco de esas trayectorias, en una instancia de acumulación de *capital simbólico* que solo tiempo después, ya dispuestos a jugar con las reglas instituidas del campo científico, se habría emplazado como antecedente y experiencia en la carrera por ejercer *autoridad* (Bourdieu, 1994).

En todo caso, es dable admitir que aquel silencio, ausencia u olvido de la

experiencia probablemente haya sido un efecto esperable por sus endeble características para trascender a la posteridad. El hecho de que concibamos al taller como una *microsociedad* o *formación intelectual* en parte puede explicarlo. Como hemos visto, el «dogmatismo legítimo» que representaba la izquierda siguió tan vigente o más aún de lo que lo venía siendo. Era la propuesta interna de Hourcade y Godoy la que desarticulaba jerarquías, reglas y estructuras, produciendo otras distintas, aunque sin pretensión de deso reterritorializar la academia bajo esas mismas; el taller funcionó y sobrevivió como un pliegue microsocio interno, subterráneo y limitado, que se erigió provocativo per sé, sin vitorear sobre un espacio más amplio en aras de la obtención de la legitimidad por parte de unos otros que ya habían sido de antemano forcluidos. Si la razón que explicaba su condición ilegítima respondía para algunos a sus rasgos delirantes o arbitrarios, para quienes la protagonizaron fue una instancia que produjo la posibilidad de construir sin reclamar títulos de nobleza una vía de encuentro y producción de un registro simbólico auténtico, a través de estímulos que subvirtieron transitoriamente la capilaridad del orden establecido. Porque la disputa se dio en ese plano y no en el de las *posiciones* resulta finalmente imbricado pensar a esta experiencia como un fenómeno estricto del campo científico sino más bien como una formación inte-

lectual *dentro* del mundo académico. Los bienes simbólicos que se desprendieron del taller son hoy indicadores de un espacio que ocupó un eslabón *fronterizo* del campo, posibilidad y consecuencia de sus rasgos plásticos, porosos y carentes de legalidad institucional.

De cualquier manera, y para finalizar, aquellas ráfagas de «oxígeno» que sintieron los revitalizaba a quienes se acercaron a ese taller para demarcar lo fijado y lo normalizado debió de haber sido lo suficientemen-

te intenso como para que una experiencia hoy ya lejana y en gran parte ocluida por la historiografía sea evocada con sensibilidad por sus protagonistas. De hecho, esa memoria logra todavía hoy despabilarnos a quienes luego de una larga siesta nos encontramos con la oportunidad de que quizás a través de estas páginas estemos emprendiendo la aventura justiciera de recuperar un legado que ojalá se haya vuelto ahora un recuerdo fresco y vívido y no ya más un nostálgico olvido.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, C. (2006). Contextos. En *Intelectuales. Notas de investigación* (pp. 115-129). Buenos Aires: Norma.
- BARRIERA, D. (1996). Notas sobre la *Nouvelle Histoire*. ANUARIO 17, Rosario: Escuela de Historia, FHyAr-UNR, pp. 381-394.
- BOURDÉ, G. y MARTIN, H. (1992) [1983]. La Nueva Historia, heredera de la Escuela de los <Annales>. En *Las escuelas históricas* (pp.169-185). Madrid: Akal
- BLOCH, M. (2000) [1949]. *Introducción a la Historia*. Traducción de Pablo González Casanova. México: Fondo de Cultura Económica
- BOURDIEU, P. (1994). El campo científico. *Redes: revista de estudios sociales de la ciencia*, 1(2) [1976] [en línea]. Consultado el 30 de enero de 2020 en: <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/317>
- BOURDIEU, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Traducción de Verónica Chamorro. Buenos Aires: Montessor [1966, 1969, 1971, 1980].
- CATTARUZZA, A. (1996) Entre el análisis de la producción académica y la 'Historia de la Historia'. Una discusión sobre los objetos de estudio de la historia de la historiografía. ANUARIO 17, Rosario: Escuela de Historia, FHyAr-UNR, pp. 47-68.

- CHARTIER, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Traducción Claudia Ferrari. Barcelona: Gedisa.
- COUSELO, G. (2015) “Una obra de ineptos oficiales marmoleros”: el monumento a la bandera de Lola Mora, un recorrido desde el Centenario hasta la década del 90. En Eujanian, A., et al. (coords.). *Episodios de la cultura histórica argentina. Celebraciones, imágenes y representaciones del pasado, siglos XIX y XX* (pp. 67-84). Buenos Aires: Biblos.
- FEBVRE, L. (1982). *Combates por la historia*. Traducción de Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol. Barcelona: Ariel [1953].
- GAYOL, S. y MADERO, M. (2007). Introducción. En Gayol, S. y Madero, M. (eds.). *Formas de Historia Cultural* (pp. 11-28). Buenos Aires/Los Polvorines: Prometeo/Universidad General Sarmiento.
- GODOY, C. y HOURCADE, E. (comps.) (1993). *La muerte en la cultura. Ensayos históricos*, Rosario: UNR Editora.
- LABORANTI, M. I. (2017). Presentación del Dossier Historia y Ficción, *Historia Regional* 37(30), ISP N° 3, Villa Constitución: ISP N° 3, pp. 5-7.
- LACAN, J. (1984). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis, 1955-1956*. Traducción de Juan-Luis Delmont-Mauri y Diana Silvia Rabinovich. Buenos Aires: Paidós [1981].
- LVOVICH, D. y BISQUERT, J. (2008). *La cambiante memoria sobre la dictadura. Discursos públicos, movimientos sociales y legitimidad democrática*. Los Polvorines/Buenos Aires: Universidad Nacional General Sarmiento/Biblioteca Nacional.
- MÚGICA, M. L. (2005). In Memoriam: Cristina Godoy. En *Clío & Asociados. La Historia Enseñada* 14(9/10), Santa Fe/La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral/Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional de La Plata, p. 14.
- NORA, P. (comp.) (2008). *Los lugares de memoria*. Prólogo de José Rilla y traducción de Laura Masello. Montevideo: Trilce [1984, 1986, 1992].
- PAGANO, N. y BUCHBINDER, P. (1994). Las revistas de Historia en la Argentina durante la década de los ochenta. En *Devoto*,

F. (comp.). *La Historiografía Argentina en el siglo XX(II)* (pp.110-131), Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

· QUIROGA, H. y DEVOTO, F. (24 de febrero de 2016). Homenaje y recuerdo al investigador Eduardo Hourcade [en línea]. Consultado el 30 de enero de 2020 en: <https://fcpolit.unr.edu.ar/homenaje-y-recuerdo-al-investigador-eduardo-hourcade/>

· RODRÍGUEZ, M. (2003). Una década de historiografía argentina (1990-2000). Orientaciones, temas y problemas. *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segreti* 2-3, Córdoba, año 3, pp. s/n.

· ROMERO, L. A. (1996). La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional. *Entrepasados* 10, Buenos Aires, pp. 91-106.